

Dimensión desconocida.
Mónica Maldonado Yáñez

Resumen:

...Tal vez, como un día me conociste, si logro entrar en la dimensión de la que un día me sacaste con el “me casé”. Dimensión de la que no he podido volver a huir. Huida que solamente se hace presente en sueños. Mientras tanto. Mientras llega ese deseo puro de no desear en el lecho de muerte. Mientras tanto amor espero.

Palabras Clave: Prosa, existencia, dimensiones.

Abstract:

... Maybe like one day you met me, if I achieve enter in the dimension that one day you save me with him I “got married”. Dimension that I haven’t escape. Escape that just make it present in dreams. In the meantime. Meantime arrive that pure desire to don’t desire the death. Meantime love I wait.

Key words: Prose, existente, dimensions

Acabo de colgar el teléfono. Sé que no escucharé más su voz. El problema del tiempo nunca me había concernido, en este segundo he percibido su verdadera dimensión. Entre concernido y dimensión bailan unos segundos eternos. Y cuando paso a la siguiente frase, palabra, letra, ya no soy la misma. El antes y el después me parecían melodramáticos. Telenovelescos. Caigo en la cuenta de que soy cuerpo. Y ese cuerpo tiene venas sangrantes. Materia orgánica que se pudre con una lentitud sin sentido. El acúfeno me hace sentir más viva que nunca. Viva en transición a. Si el dolor pudiera desplazarse en cada infinitesimal milisegundo. Fraccionar con guiones los milisegundos para que cuente más el desplazarse. Rasgar el continuum que me hace estar con las cosas. Ser. En cada guión un grito que resignifique mi dolor. Cortes que no me permitan ser. Ser en el tiempo. Porque tan sólo hace cinco minutos era ignorante de esa dimensión. La que ya no quiero nombrar. Me casé dijo la voz. M-¡aaaaaa!-E, C-¡aaa!-A-¡aaa!-S-¡aaa!-E. ¡Acúfeno! oye mi súplica: vocifera de una vez. Me casé. Inevitable. Me casé. “Me” alude a la primera persona del singular. Aunque no soy yo. Si ya se que tú eres el de la acción. No tenias que restregarlo con el me. Es obvio que es el tú. Casé: verbo en pasado, si tan sólo tuviera una Z, mejor tu suicidio o la metáfora de tu encuentro que la dimensión innombrable. Y después ese silencioso ominoso. Con sadismo esperando una respuesta. Debí haber insultado, parlotado, rasgado de palabras en lugar de haber colgado. El silencio presentifica la dimensión. Y parece que la cámara lenta se apodera de cada uno de tus poros: desfallecientes y luminosos hasta el ocaso de tu recuerdo. Y sólo son cinco minutos. Cinco minutos sólo. Y yo que comenzaba a hacerte el recuento de mi vida en estos últimos días. Y a toda respuesta, el “calla”: me casé. Mis últimos días no te importaron, que será de estos cinco minutos, 300 segundos, milisegundos recortados en el indecible. Si no lo nombras no existe. Si tan sólo en la dimensión que antes no conocía y que por eso nombraba con tanta frecuencia e indiferencia, ¿habían pasado quince días en que tu cuerpo trazó y desdibujó figuras geométricas entre los cálidos pliegues de mis sábanas? Fluidos que aunque no quieras transitan por las huellas mnémicas de esa dimensión, la no apalabable. Quince días tan sólo y ya retumba en cacofonía al unísono de mi acúfeno: me casé me casé me casé. ¿Cómo insultarte si todos los sinónimos de puta están hechos para mujer?, ¿Cómo insultarte sin que las palabras pierdan la fuerza simbólica en ese desdibujamiento de la famosa dimensión? El insulto: me casé, te lo devuelvo: casé me. Así, como el sinsentido que es.

De ahora y a partir de ahora, ahora, ahora, ahora: ¿a partir de cuándo? Comencemos: A partir de algún lugar no se sabe cuando, ¿pues qué es cuando?, más bien no es...estatismo puro, como el deseo puro que invita a la muerte. He sentido el fluir, fluyen cosas sin que las vea, actos opacos e incoherentes,

intersubjetividades mudas. Nada significa nada. Todo puede serlo todo. Cualquier cosa es cualquier cosa. Pedazo tumefacto de carne viviente en lento movimiento hacia algo, no se sabe qué. Sólo se sabe que se pudre. Inevitablemente joroba de muerte. Pero debajo de la mata del sexo algo late. Algún recuerdo se agita con ese sonido distante. Algo que no recuerdo sino en la piel. Entonces. Recuerdo a un otro en el, ¿qué? ¿Recuerdo?, ¿qué es el recuerdo? Si todo se amontona y palpita al unísono: todo está acumulado en un por-venir que nunca deviene. Todo debe ser resuelto pero todo se acumula creando el caos: como las pilas de papeles en las oficinas burocráticas. Dentro de la bruma algo se distingue e insiste...afilemos los sentidos, compañeros gratos de una vida en el aquí y ahora de este instante eterno: ¿camarada ojo tu que todo lo miras que es eso que se oye en lontananza? ¿Qué dices?, discúlpame oído no sabía que a ti te correspondía la escucha. La escucha nunca se me da. ¿No notan que ya no hablo en la dimensión? Aunque el ahora es el más difícil de devastar. ¿Qué queda sin el ahora?..Por eso, por que queda y se ha resistido el oído reivindica ese sonido que se siente en la piel. Suena. Oído escucha. Suena. Suena. Descuelgo el auricular.

Ha pasado un año, un año fuera de la dimensión. El sonido me ha permitido acercarme al calendario, si es un año. Lo confirmo. Otra vez la voz. La voz que me sacó de la dimensión para introducirme en ese mundo tan cercano y extraño a la vez: el latido de mi corazón, las punzadas del pulmón, las venas y poros, los vellos, todos y cada uno de mis órganos: mi mundo "My private Idaho" dirían los Hollywoodenses. Y ahora irrumpiendo todos a la par: el piar, chillar, cacarear, martillar, aullar de ese sonido aberrante que sale de esa cosa tan ajena pero con una huella en mi piel lacerante. Huella que quedó y que como flash back despierta el sentido olvidado: el recuerdo. Ahí, suena y descuelgo el auricular. Ahí otra vez, la repetición, compulsiva, delirante: la voz. Hurgo para desentrañar pero no se qué. Cuando no sabes es más difícil encontrar. Pero busco. No desisto. El que busca finalmente encuentra. Busco. El recuerdo. Hay algo. La voz. Me recuerda al desdibujamiento de ese aparato que se llama teléfono. Pues si, esa voz se asocia al corte. A la fuera de escena del ser. ¿Cómo era? No sólo estaba el teléfono. Había una convivencia armónica: la cama, el buró, la pequeña lámpara, el libro, el vaso, todo articulado. Y yo como ser que tenía en ese mundo tan coherente. Doliente. Mejor concentrarme en ese latido entre mis piernas. Pero me interrumpe ese jadeo y no es precisamente mío. Es el aullar del que hablo. Aullar del artefacto. Si y no olvidemos la voz. La voz por fin articula letras, tras las letras las palabras, tras las palabras las frases, tras las frases las oraciones y la fuerza que irrumpe arrasándolo todo, roza-tumba y quema que deja áridos los terrenos, hasta el más fértil se agota. Agotada estoy –no dije que soy. Estoy como cosa desarticulada, llamada a la síntesis por ese

aullido, luego la voz, las palabras en la voz: mortíferas. ¿Qué tal?, dos palabras que me llegan cristalinas, ¿me? ¿dije?, el recuerdo: se que es algo que lacera. ¿me?, “ME” ¡que! Chingada madre. Me que, que me, ¿recuerdan camaradas?, ¡ayuden cabrones! Me dan un vuelco las tripas, el latir de mi mundo se agita: ¿me? M e c a s é. Dolor. No puedo. Otra vez. La voz insiste: ¿qué tal? No compagina con el insulto. El sin sentido. Entonces es ¿qué tal? o ¿me casé? No entiendo nada. Nada entiendo. ¿Qué tal? insiste la voz. Por fin, de golpe, todo: el recuerdo, el tiempo. Espeto con voz cavernosa por falta de uso. Voz doliente encerrada en un grito mudo: ¿qué tal que?

¿Cómo has estado? Me regresa de algún lugar incierto, esa voz doliente ya sé de donde: del pasado. Si había un pasado “Mis en scene” que bailaba sin brincos todo era Uno. Con mayúscula. La síntesis de los tres hermanos. Y no son Hugo, Paco y Luis, precisamente. El pasado con el “me casé” que marco la prueba muda del tiempo. El presente que nunca fue devastado. El futuro que ahora se abre de golpe esperando mi respuesta. A toda a todo: un grito, un llanto. Palabras que van palabras que vienen. Nada importa. El “me casé” sigue latiendo, se interpone como significante mudo, como potencia trasgresora al vínculo. Potencialidad del odio en el posible devenir del amor. Por fin la voz dice, filosofa, rodea: tal vez, no sé, se dos cosas: eres la mujer de mi vida, eres la mujer con la que nunca volvería. Por fin lo dijo. Y lo escuche. Sin olvidar el “me casé”. Y agrega, “aún” como un seminario último de un psicoanalista que no se convence en un fin: pero aún...Yo esperaba el “te amo”, y nunca llegó. ¿Cómo pensarlo? Desubjetivada como estaba con el “me casé” debí intuirlo. El “me casé” no compagina con nada, menos con el “aun te amo”. Afilo el sentido de la escucha: “aún podríamos...solamente que yo sé que ella sería capaz de nada”. Entonces siento, que me arden las venas, la amenaza de mi mundo latiendo: órganos desmembrados agitados por ser notados. Esperen. Debo pensar. Reflexionar. ¿Qué es nada? Y repito lentamente “ella sería capaz de nada”. Sí, estén atentos pues creo que no entienden nada, y no es ese nada: el de ustedes al que la voz se refiere. El nada señores alude al sexo. Al sexo como lo ominoso. “Ella es capaz de nada no significa que sea una inútil”. Tampoco significa que sea capaz de algo con carga positiva o negativa en abstracto. Pues yo conozco al cerebro que articula la voz. También conozco sus referentes. Se de donde viene su discurso. De donde se sostiene. De donde se legitima. De donde espeta en mi rostro “el nada”. Pues nada se califica sin descalificar algo. Entonces la voz se refiere a “Ella” como lo puro, en contraste con yo que es a la que se dirige, yo soy yo- estoy mejor, pero al espetarme el calificativo de impuro me cae tan fuerte que ya soy. Devengo en puta. Ella la esposa pura. Yo la puta impura. Pues “ella es incapaz de nada” me coloca en lo más bajo, pues si ella no es capaz. (Pongan el altavoz). Yo si soy capaz. (Yo diría que de muchas cosas,

habilidades, saberes- pero...) Alto. La voz me ubica. Si soy capaz. Ella de nada. Yo de todo. De ser una perra infiel- yo. De revolcarme en la cama de otro (¿s?). Ella fiel. Yo infiel. ¿Entienden ahora? Ella queda elevada, hasta un ser alado y traslucido, espíritu flotante, idealizado. Yo nado por las aguas cavernosas del subsuelo, me deslizo como anfibio infestado de algas podridas hasta los confines del centro de la tierra. Soy lucifer. Vomito espuma de lava y azufre. Si la puta. ¿Por que? Porque se casó hace un año. Sin decir nada. Un día salió el sol y él se casó. Con la capaz de hacer nada. A tan sólo quince días de haber entibiado mi cama. El auricular aulló el “me casé”. Y ahora. Después de un silencio tan largo como mis canas, de un sin fin sin dimensiones: un “¿que tal?” me jalona del letargo azul en que nadaba. Si la puta nada. La nada puta. Eso es lo que creo. De creencia no creas lazos. Menos simbólicos. Hay que decirlo. Y “Cómo ella es capaz de nada”, y es lo que vale, lo verdadero en el pleno sentido de la verdad enfrentada a la no verdad. Entonces deduzco sin mucho esfuerzo que soy la no verdad. El engaño puro. El envés. Y sin embargo la insinuación late con fuerza. Un ¿Qué tal? engañoso. Latiendo con fuerza. Invitador. Descalificándome de puta. Santificando a la otra. Y la voz ¿Dónde queda? Está aliado con un arra en el dedo índice derecho a la alada. A mi me apunta como objeto de deseo con la otra punta del dedo. Voraz la voz, ¿no? Ustedes que piensan. Si es que piensan.

La voz lo quiere todo: el lado bueno y el malo. La pura y la impura. La alada y la luciferina. Es su forma de ser en el mundo. Es su equilibrio. Si: pero yo habiendo sido más que alada ahora caigo en el fango de la ignominia. Soy la desechable. ¿Qué me dice: ¿ella es capaz de nada? Es obvio ahora ella es la amada. En que devendré. Dios mío. Muéstrate y dile. Sigo siendo la amada. Díselo. Yo no puedo. No puedo. ¿Decirte? ¿Qué? ¿Qué soy injusta porque tú me aguantaste un marido por doce años, y yo note te puedo aceptar casado? Si, nunca fuiste mi puto, o como quiera se diga el calificativo para macho. Fuiste mi amor. Por eso no puedo. Y no puedo decirlo. No sigo contigo. Y no porqué no quiera. Porqué como la puta no. La puta pura no amor. Ni puta pura ni pura puta. La puta amada. Tal vez. Entonces decido colgar al aullador. Callar a la voz una vez más. Tal vez en uno, dos, tres, van cuatro años y no sé nada. Tal vez en otra vida amor. En otra vida cuando quieras a la puta amada ahí estaré. Tal vez, como un día me conociste, si logro entrar en la dimensión de la que un día me sacaste con el “me casé”. Dimensión de la que no he podido volver a huir. Huida que solamente se hace presente en sueños. Mientras tanto. Mientras llega ese deseo puro de no desear en el lecho de muerte. Mientras tanto amor espero.